

Herráiz García, Maximiliano

La verdad os hará libres

V Jornadas Diálogos: Literatura, Estética y Teología, 2013
Facultad de Filosofía y Letras - UCA

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Herráiz García, Maximiliano. "La verdad os hará libres" [en línea]. Jornadas Diálogos : Literatura, Estética y Teología. La libertad del Espíritu, V, 17-19 septiembre 2013. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/verdad-hara-libres-herraiz.pdf> [Fecha de consulta:]

“LA VERDAD OS HARÁ LIBRES”

Introducción

En la psique de todas las personas está esculpida a golpes de siglos la experiencia de ser libre: “SOY LIBRE”. No importa por el momento que nos detengamos ahora a analizar, si es un grito de aliento a sí mismo para hacerse cargo de esa libertad que le bulle en el interior, o es un grito para espantar a potenciales enemigos externos. Esto lo sabremos más tarde, cuando el individuo sume más años, y siga gritando su libertad, sin haberse detenido a pensar que tiene que asumirla como una tarea sumamente ardua, esencial y definitiva en la caracterización de la propia personalidad, “libremente” abierta con generosidad a otras “libertades” que, con él y nunca sin ellas, se irá haciendo real, aun con los “recortes” obligados para que el crecimiento de la libertad sea simultáneo con el de los otros, en la armoniosa conjugación de individualidad y comunitariedad, peregrinos todos de la misma gracia y unidos en el mismo compromiso de libertad compartida.

Soy libre. Me encuentro con la libertad, como algo que me viene dado. Y de la que tengo que hacerme cargo. Libertad *de, para*. Y *en* un escenario donde no estoy solo, sino con otros semejantes. ¿Compañeros o rivales en el viaje de la libertad, personal y comunitaria? En los albores de la historia humana, según la Biblia judía, asumida por los cristianos, se nos presenta la primera pareja de hermanos: Caín mata a Abel, la rivalidad excluyente. No hay sitio para los dos. Soy libre, se dice el primer Caín de la historia para eliminar a quien me parezca que no cabe en el mismo escenario que yo. En vez de ser “guardián, custodio, “cuidador” de su hermano, no le tiembla la mano a la hora de eliminarlo de la vida. En vez de decirse a vivir con-viviendo, ve al “otro” como su rival, enemigo. No cruza ni una sola palabra con su hermano. No tiene nada que escuchar. Ni tiene que dar cuenta de su comportamiento a nadie. Él se impone. Él llena todo el escenario. El yo egocéntrico es excluyente.

Pero la historia también nos ofrece auténticos testigos creadores de fraternidad, de espacios para el crecimiento individual y grupal. Educadores de comunión, de vida en relación. Yo me acerco y os acerco hoy a una persona, que no supo vivir sino con-viviendo, creando espacios de relaciones plurales, condición y fruto de una consagración a la búsqueda de la verdad y del amor, suelo nutricio de la libertad, y banco de prueba de la misma. Esta testigo, es Teresa de Jesús, la mística castellana del siglo XVI, cuando despuntaba la edad moderna, y se comenzaba a entronizar al hombre en el altar en el que hasta ese momento ocupaba Dios. Este giro

antropocéntrico ha ido invadiendo la humanidad, y continúa su marcha, en unas partes más que en otras, cuando también en alguna pequeña parcela del mundo, se afirma ya que “la muerte de Dios” ha traído consigo “la muerte del hombre”.

Bueno, que sirvan estas palabras para encuadrar la experiencia y la palabra de mística Teresa de Jesús sobre el tema de la libertad, tan candente siempre, pero más hoy, cuando la libertad exterior de moverse, de elección de mercados, de comunicarse por las redes de los abundantes medios de comunicación, parece que no se corresponde con la libertad interior para hacer más humanidad más reconciliada y solidaria, en la que no falte, por ninguno, porque a todos se les abre las puertas y se le ofrecen los utensilios para que contribuya a lo que es el gran desafío del momento: humanizar la existencia personal y social. En una palabra para que en mi opción por la libertad cuente con la de los otros, para promoverla juntos, sin que ninguna pierda sino lo que estorba, o positivamente no ayuda a promover la libertad compartida, cimentada sobre la verdad de nuestra condición humana.

Siguiendo un principio, ampliamente acogido por todos los estudiosos de la mística abulense, presento la experiencia personal de Teresa, para formular después su doctrina, con alcance universal.

1 Teresa abierta a la verdad y al amor

Teresa se despierta, ya en su primera adolescencia, con un fuerte espíritu abierto a la verdad y al amor. Descubre con llamativa claridad y fuerza la verdad y el amor, como dos grandes vectores de su existencia. Tan sedienta de verdad como de amor. A la que se le une, progresivamente, la libertad, como un elemento determinante y conductor de los dos primeros, a la vez que sustentada en la verdad que se prolonga en amor verdadero. Así nos presentará este trípode en el segundo de sus escritos, *Camino de Perfección*, auténtico vademecum o catecismo de la educación de la persona y de las distintas formas de vivir nuestra esencial dimensión comunitaria.

Teresa nos cuenta a sus 47 años, a punto de coronar su viaje de madura plenitud, los cimientos y las columnas sobre los que ha ido construyendo su “Castillo interior”, su personalidad.

. Descubrió muy pronto, precozmente, en la oración, en el tú a tú con Dios, “**el camino de la verdad**” (V 1,5), “*qué es lo que es y qué es lo que no es*” (C 15,5) La verdad que no pasa, que permanece, y la verdad fugaz de todo

lo creado. “La libertad en Teresa de Jesús”, experiencia y pensamiento, la encontramos en estas palabras que Juan el evangelista pone en boca de Jesús: “La verdad os hará libres...” para amar. Una verdad que se le *imprime*”, que configura, poco a poco, su identidad personal. Su hermano Rodrigo y ella, se sumergen en la contemplación, buceando pasmados en el hondo océano de la verdad: “Acaecíanos estar *muchos ratos* tratando de esto y gustábamos decir esto *muchas veces*: [gloria y pena] **para ¡siempre, siempre, siempre!** En pronunciar esto *mucho rato* era el Señor servido [y aquí la narradora recurre al singular] me quedase **imprimido** el camino de la verdad” (V 1,5).

Más adelante, en torno a sus 16-17 años, escribe: “con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas como oídas, y la *buena compañía*, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña, *de que no era todo nada*”¹.

El *Libro de la Vida* lo cerrará con una fuerte experiencia de Dios, Suma Verdad, fuente de toda verdad, íntimamente unida también al amor como vía, la mejor, para poder disfrutar de esa verdad de amor de nuestro Dios. Escucha en su interior voz de Dios que le dice. “¡Ay, hija, que pocos me aman con verdad!, que si me amasen no les encubriría yo mis secretos” Dios acaba lanzándole esta pregunta: **¿Sabes qué es amarme con verdad? acceder la verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a mí**” (V 40,ib 1). Confiesa: “Entendí qué cosa es andar un alma en verdad delante de la misma Verdad: **no hacer caso de cosa que no sea para llegarnos más a Dios**” (3).

Al mismo tiempo que se abre en su vida el vector de la verdad, se le abre, paralelo, el del amor, recibido y dado, primeramente en el ámbito de la familia y, pronto, abierto a las personas con las que trata.

Confiesa que “era la más querida de su padre” (V 1,4), “era *tan demasiado* el amor que mi padre me tenía” (V 2,7). Lo mismo asegura de su hermana mayor y de su marido: “era *extremo* el amor que me tenía..., y su marido también me amaba *mucho*” (V 3,3).

Joven de unos 16 años, huérfana de madre, su padre la recluye en un convento de religiosas. Pronto levanta acta de su estado afectivo: “los primeros ocho días sentí mucho [la separación de la familia]. “Traía un desasosiego, que en ocho días –y aun creo antes- estaba muy más contenta que en casa de mi padre. *Todas lo estaban conmigo*”. Y nos ofrece, de

¹ V 3,5. Doble negación que equivale a “todo [lo creado, o todo lo que pasa] es nada”

pasada, la explicación de este fenómeno: “porque en esto me daba el Señor gracia, de *dar contento adondequiera que estuviere, y así era muy querida*” (V 2,8).

Poco después, en otro contexto, enferma, se aloja unos días, en casa de un tío paterno, retirado en la soledad de un pequeño pueblo castellano. Nos deja constancia, que su tío, “*hacíame le leyese [libros espirituales], y aunque no era amiga [no me gustaba leerlos] mostraba que sí, porque en esto de dar contento a otros he tenido extremo, aunque a mí me hiciese pesar; tanto, que en otras fuera virtud, y en mí ha sido falta, porque iba muchas veces muy sin discreción*” (V 3,4).

Estamos ante dos vectores profundos y amplios, el intelectual y el afectivo, bien ensamblados, en la persona de esta joven castellana, llamada a ser una testigo excepcional de humanidad desbordante. En sus primeros años de experiencia espiritual, progresivamente más enriquecedora, saltará a su conciencia, y dejará amplia información, un tercer elemento, la libertad, que se nutre de estas dos corrientes abundosas, y a las que, a su vez, sitúa Teresa en el corazón de su historia personal, y que, más tarde, los presentará como cimientos de la educación de personas y comunidades².

Sigamos con la cronología teresiana, para captar el crecimiento de esta libertad, que experimenta como gracia, y que le exige un compromiso generoso. Su apuesta por la verdad, le va a descubrir una dimensión de sí misma, particularmente relación con su deseo de *ser* libre, que bien podríamos llamar de desmonte de una personalidad autosuficiente, voluntariosa, por no decir marcadamente voluntarista. Dice del temor a perder del todo la honra que era tan fuerte “que ninguna cosa del mundo en esto me podía mudar, ni había amor de persona de él [en el mudo] que en esto me hiciese mudar” (V 2,4).

Confiesa su fracaso de “autoliberación” de los muchos lazos afectivos: “Quisiera yo saber figurar la *cautividad* que en estos tiempos traía mi alma”. Nos dice de sus gigantescos esfuerzos, tanto más necesariamente fuertes, cuanto que “no me quitaba *del todo* de la ocasión” (V 8,11). Explicita y acentúa más su enorme entrega, y discierne por qué

² Cf Tomás Álvarez, *Diccionario de Santa Teresa*, del que es el director, Burgos, el Monte Carmelo, 2002, 643 que comienza así su corto y sustancioso artículo: “En la psique de Teresa suele destacarse, quizá unilateralmente, el aspecto afectivo: su cordialidad, afectividad, amor, amistad... Sin embargo, su psicología femenina está fuertemente marcada por una constante cerebral: su necesidad de entender y entenderse, su inagotable afán por discernir la verdad... de las gracias místicas y de su vida entera” Como tantas cosas que nos han pasado desapercibidas, en la revolución teresiana, la “humildad”, que, según ella “es andar en verdad”,(ib 7).

no le daba fruto: “Suplicaba al Señor me ayudase; *mas debía faltar* -a lo que ahora me parece- de no poner toda la confianza en su Majestad y perderla de todo punto de mí” (ib 13).

En el capítulo 9 nos transmite el cambio, también interior en el modo de comportarse, al que acompaña el apunte de la liberación que empieza a producirse, y que ya no tendrá marcha atrás: ora “delante de un Cristo muy llagado”: “*estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios*. Paréceme le dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que *hiciese* lo que le suplicaba”. Concluye: “fui mejorando mucho desde entonces (9, 3). ¡Un descubrimiento vital para ella: hay que “dejar hacer a Dios”. Dejarle espacio, y no tenerlo de invitado, o de recurso de emergencia, sino de protagonista primero. Pues su gracia precede, posibilita y necesita de nuestra colaboración.

Es un momento decisivo de su proceso espiritual. Teresa, fuerte, enérgica, conquistadora, topa con su impotencia para librarse de la esclavitud o dependencia afectiva, activa y/o pasiva. No la contrala. Se le apodera. Y la pone al borde del abismo, cabalgando sobre su condición de “agradecida”, “teniendo ley a quien me quería”³. Bien andada ya la vida, nos dirá “es natural en mí [ser agradecida] que con una sardina que me den me sobornarán” (Ct 256). En esta situación afectiva seguirá hasta los 39 años, cuando acaba viendo que no es capaz por sí misma de encauzar su afectividad en la dirección de la verdad, que había entendido cuando niña: “que todo era nada y la vanidad del mundo y cómo acaba todo en breve” (V 3,5). Jesús, “el “amigo verdadero”, pone cerco a Teresa, “me parecía que toda me rodeaba, y que por ninguna parte podía huir” (V 24,2). Termina este capítulo bendiciendo y agradeciendo a Dios “Que en un punto [en un instante] md dio la libertad que yo, con todas cuantas diligencias había hecho muchos años había, no puede alcanzar conmigo” (10), “Ya aquí me dio el Señor la libertad y fuerza para ponerlo por obra” (9).

Teresa era una infatigable buscadora de la verdad, y a ella se entregó con toda esta libertad recién estrenada, nueva, porque vivida más como regalo de Dios, y no fruto de su tenacidad o “determinada determinación” “o ánimo más que de mujer”. biografía de la libertad recibida y asumida,

³ V 5,4. En este capítulo nos da muchos detalles sobre su relación con un sacerdote. Y más tarde todavía nos dice que su confesor del momento le acompañaba “no me apretaba, antes parecía que hacía poco caso de todo” (V 24,1), con harta maña y blandura..., “en especial en dejar algunas amistades que tenía” (ib 6, que, aunque no ofendía a Dios con ellas, era mucha afición, ; aunque no ofendía a Dios con ellas, era mucha afición, y parecíame a mí era ingratitud dejarlas” (ib,6). Unos años más tarde, en torno a los 17-18, vuelve escribir: “con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas como oídas, y la buena compañía, *vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña*, de que era todo nada [= todo lo creado es nada], y la *vanidad* del mundo, y cómo se *acaba en breve*” (V 3,5).

Esto es obvio para cualquier lector atento: lo fue para una mujer, que captó muy bien la andadura teresiana, y la suya propia, descrita en el *Libro de la Vida*. Edith Stein, carmelita filósofa fenomenóloga, después de haber leído de una sentada el *Libro de la Vida*, una noche de agosto de 1921, exclamó: “esto es la verdad”⁴.

Ateniéndonos a la experiencia y palabra de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, no podemos afrontar ninguna parcela de la libertad humana, sino desde la verdad de nuestra condición de creaturas. **La batalla de la libertad es interior**, se nutre y crece con el descubrimiento de la verdad de nosotros mismos, sociales por creación y libre decisión. Sobre estos cimientos elevará Teresa su tratado de formación de personas y comunidades en el libro *Camino de Perfección* Como veremos más adelante. La suya es una biografía de la libertad en crescendo *de la esclavitud afectiva, para* centrar toda su enorme capacidad de amar, y, partiendo de él, como principio y horizonte último amar como estaba llamada a hacerlo.

Poco tiempo después de esta liberación y encauzamiento de su afectividad, Teresa nos cuenta que oye en su interior: “**Ya no quiero que tengas conversación [= amistad] con hombres sino con ángeles**” (V 24,6). Explica acto seguido: “Ello se ha cumplido bien, que *nunca más yo he podido asentar en amistad*, ni tener consolación ni amor *particular sino a personas que entiendo le tienen a Dios y le procuran servir*” (b 8). ¡Estos son los ángeles!, la amistad se da entre “semejantes”, no sólo por naturaleza, por aficiones comunes, sino por un objetivo vital compartido. La libertad es una gracia, de principio a fin, gracia que capacita para una respuesta comprometida. ¡Pero hay que *acoger* la gracia de ser libres! Precede siempre la gracia, que sólo opera en la medida de la respuesta de la persona que la recibe. Mientras no se dé esta respuesta -¡en el tiempo, poco a poco, al paso de la persona!- no hay amistad, amor compartido, vida renovada. El don no es don, si no hay receptor del mismo, comprometido en su desarrollo

Dos años más adelante, Dios se sirve de un triste, desafortunado acontecimiento: la autoridad eclesial acaba de publicar un índice de libros prohibidos, posiblemente el más importante, más rígido y con el perentorio mandato de quemarlos, (se trata de libros “de oración”), con el pretendía salvaguardar la fe de la gente sencilla de la contaminación protestante.

⁴ Theresa a Matre Dei, *Ediht Stein. En busca de Dios*, Editorial Verbo Divino, Estela, 2000, 72.

Teresa experimentó un golpe duro con este documento, promulgado en 1559. Cuenta: “Yo sentí mucho, porque algunos [libros] me daba recreación leerlos”. Dios le salió al encuentro fortaleciéndola al tiempo que desautorizando a sus celosos Inquisidores, diciéndole: “*No tengas pena, que yo te daré libro vivo*”, “*libro verdadero*” (V 26, 6). “Su Majestad ha sido el *libro verdadero* adonde he visto las verdades”. Exclama gozosa: “*¡Bendito sea tal libro que deja imprimido lo que se ha de leer y hacer de manera que no se puede olvidar!*” (ib).

Había concluido el capítulo anterior (25) con esta exclamación, crítica e irónica, al “miedo a la libertad” que se masticaba en la sociedad y en la Iglesia de su tiempo, apuntando con clarividencia, que hay dos maneras muy diferentes de leer la historia y de situarse ante ella. Escribe con desenfado: “**No entiendo estos miedos: ¡demonio!, ¡demonio!, adonde podemos decir ¡Dios!, ¡Dios!, y hacerle temblar** [al demonio” y a sus adeptos, añadido por mi cuenta]. Continúa “*¿Qué es esto? Es sin duda que tengo ya más miedo a los que tan grande le tienen al demonio que al demonio mismo*” (V 25,22).

Fruto de diferentes gracias místicas, Teresa ha ido alfombrando su camino de deslumbrantes pronunciamientos de la libertad que la habita y la conforma, al ritmo sincronizado con la verdad que la baña. Me referiré más adelante principalmente a los capítulos 20-21 del *Libro de la Vida* que son, particularmente, significativos a este respecto, y que está esa experiencia de liberación en la asunción de la verdad. A la base de su educadora que incluye una crítica en toda regla, una auténtica denuncia, del estado de la mujer en su tiempo.

La gracia mística “imprime en su interior *mucha humildad* (V 20,7), “*verdadera humildad*”, de tal manera que “*no se le pega nada en las manos*; todo el bien que tiene, de Dios viene y a Dios va. Sabe que no tiene nada él allí [el hortelano, la persona que cuida su jardín interior]. Y *aunque quiera no puede ignorarlo...* Dios le hace cerrar [los ojos] a las cosas del mundo”, la *honra*, por ejemplo, “y que los tenga abiertos *para entender verdades*” (30). La luz de Dios penetra hasta las profundidades del ser. E ilumina zonas todavía oscuras, sin rescatar para la libertad.

Así nos cuenta una experiencia que le abre al conocimiento de de sus, en sí, insignificancias de faltas morales, pero grandes contempladas a la luz de las muchas gracias que recibe: “Acaecióme un día de estos que, estando orando, consolada de ver así concluida [la fundación]; y alabando al Señor que en algo se había querido servir de mí”, comencé a pensar las cosas que

había pasado. “Y es así que en cada una de las que parecía eran algo que yo había hecho, hallaba tantas faltas e imperfecciones, y a veces poco ánimo y muchas veces poca fe... En fin, hallé todo lo bueno habíalo hecho el Señor *todo* de su parte, y lo malo yo; y así dejé de pensar en ello, y *no querría se me acordase por no tropezar con tantas faltas mías*” (V 39,14).

Un texto sanjuanista, referido a personas que, como Teresa están bien avanzadas en el camino espiritual, puede iluminarnos sobre la situación que estaban viviendo ella cuando tuvo la experiencia que acaba de decirnos. Escribe Juan de la Cruz sobre la resistencia del hombre viejo a presentarse a plena luz, como buen estratega de la batalla que mantiene con el hombre nuevo que crece y se afirma. El Doctor místico nos ofrece una descripción espeluznante de esclavitud, refiriéndose a quienes se encuentran en una etapa avanzada en el camino de personalización en la que todavía “la parte sensitiva”, o las arremetidas del “*hombre viejo*”, del que nos habla Pablo, “los furiosos apetitos de la sensualidad” (C 16, 3), “*¡este tirano rey de la sensualidad!*” (C 18, 2) muestran a la persona “que está en el cuerpo como un *gran señor* en la cárcel, sujeto a mil miserias y que le tienen confiscados sus reinos, e impedido todo su señorío y riquezas, y no se le da de su hacienda sino muy por tasa la comida..., mayormente aun los domésticos de su casa, *no le están bien sujetos*, sino que a cada ocasión sus siervos y esclavos sin algún respeto se enderezan contra él, hasta querer cogerle el bocado de la boca” (C 18, 1).

Volvemos a escuchar a Teresa. La “humildad verdadera” es fruto de un conocimiento en la doble dimensión: conocimiento de las gracias que Dios nos concede y de nuestra debilidad creatural y, a veces, moral. Esta es la exacta definición del “verdadero” conocimiento personal, “noble y aparejado para todo bien”, frente al “conocimiento *ratero y cobarde*”, “*pusilánime*”, que se limita a ver sólo la segunda dimensión, la propia pobreza e incapacidad para progresar en el camino de la libertad (1M2, 9-11). Este verdadero conocimiento de sí tiene su raíz y horizonte en Dios: “*Jamás nos acabamos de conocer si no procuramos conocer a Dios*” (ib 9), reconociendo toda las gracias que nos concede para que, acogidas, podamos darle la respuesta que espera, en la que se estreche y aquilate la comunión. Un Dios, en confesión teresiana, que me “forzó a que me hiciese fuerza” (V 3,4).

En *Las Moradas del castillo interior*, habla de “lo poco que entendemos acá de esta Suma Verdad” [Dios], exhortando a los lectores encarecidamente a que “estudiemos siempre mucho de *andar en esta Verdad*”. Se pregunta e insinúa que nos preguntemos cada uno, “*¿Qué es la verdad?*” La Doctora mística responde sin titubeos: “Dios solo es Verdad”.

Como sin titubeos confiesa también, que entendemos “poco acá de esta Suma Verdad”, y que “todo hombre *es mentiroso*”⁵; añadiendo que, “para *conformarnos* a Dios, a Jesús en todo”⁶:

- será bien que estudiemos *siempre mucho* de andar en esta Suma Verdad”:

- y que “*andemos en verdad delante de Dios y de las gentes*”.

Concluye su apretado discurso diciendo:

- “no queriendo nos tengan por mejores de lo que somos,

- y en nuestras obras, dando a Dios lo que es suyo y a nosotros lo que es nuestro,

- y procurando *sacar en todo la verdad*” (6M 10, 6-7).

Se pregunta, finalmente, por qué Dios “es tan amigo de la humildad”; y recibe esta respuesta: “porque Dios es Suma Verdad”, y *la humildad es andar en verdad*”, (ib 8).

Andar en verdad, en diálogo, no sólo en la intimidad con Dios, sino también con nuestros semejantes, caminantes de la verdad y del amor, en comunión con quienes, particularmente, buscan la verdad, los “letrados” y con los “espirituales”. La experiencia mística, aun la más sublime, no aísla a Teresa, ni la sumerge en sí misma, sino que la lanza en la búsqueda de letrados y espirituales, para afirmarse más en la comunión eclesial, pues sabe que toda gracia se le ha dado en la Iglesia y para la Iglesia, y que, por eso, corresponde a la Iglesia su discernimiento. En carta a su amigo dominico, García de Toledo, resume su largo y doloroso peregrinaje en búsqueda de la verdad: “*ya no me queda más para hacer lo que es en mí*”⁷, para dar con la verdad. “Estuvieron más de seis años haciendo hartas pruebas” (CC 53,5.12.14).

Es el firme deseo de vivir en la verdad, confesada por la comunidad eclesial, es lo que le lleva incansablemente al diálogo con personas espirituales, sobre todo, letrados, y entre esos, “con quien veía temeroso [reacio, difidente de los fenómenos místicos], trataba su alma de mejor gana” (CC 54,18).

La verdad se busca en diálogo. Máxime en diálogo experiencial y teológico. San Juan de la Cruz lo ha formulado con toda claridad, apoyándose en la palabra de Jesús: “donde dos o tres están reunidos en mi

⁵ Salmo 115,11, cit, ib..

⁶ “¡Vágame Dios!, pues acá, si uno se casa, primero sabe quién es y qué tiene; nosotras estamos desposadas -y todas las almas por el bautismo-“, con Jesús, y no nos permiten saber quién es él y cómo tenemos que vivir para complacerle? CE 38,1).

⁷ Junio/1562; 3, 4.

nombre, allí en medio de ellos estoy yo” (Mt 18,20), “*aclarando y confirmando* en sus corazones la verdad”, anota el místico carmelita⁸.

Teresa se mueve con seguridad y convencimiento en la línea de apertura al contraste de la verdad gozada por experiencia mística. Habla de un íntimo diálogo con este amigo dominico, letrado, en medio del cual goza de una experiencia mística: “VÍ a Cristo con grandísima majestad y gloria, mostrando gran contento de lo que allí pasaba [en el intercambio de experiencias]..., y *quiso viesse claro que a semejantes pláticas siempre se halla presente y lo mucho que se sirve en que así se deleiten en hablar de él*. Partiendo de esta experiencia, exhorta: “Quien tiene el mismo amor de Dios, tras estas almas se había de andar, si pudiese”, para confirmar y asegurar la verdad, pues “mucho se ayudan..., y se hacen excelentes espaldas para arriscar mil vidas por Dios”⁹.

Desgraciadamente no se ha puesto de relieve, en los estudios sobre Teresa, el titánico esfuerzo llevado a cabo por ella, para que el “teólogo” y el “espiritual” se sentaran a dialogar para teologizar la experiencia del “espiritual”, y “espiritualizar” la teología del teólogo. Trabaja con un propósito bien definido: que los acompañantes espirituales o, en general, los “capitanes de la Iglesia”, fuesen a la vez gente de experiencia y buenos teólogos. Por eso manifiesta su júbilo al encontrar en el joven carmelita, Juan de la Cruz, un hombre “de grandes experiencias y letras”¹⁰.

Saluda también con gozo que un amigo dominico, que “antes aseguraba y consolaba con *solas* letras, ya lo hacía también con la experiencia de espíritu” (V 33, 6). Aunque nunca deja de valorar el “carisma” de los buenos teólogos, “de los grandes letrados”: pues “tienen

⁸ (2S 22,11). Cito según mi edición *san Juan de la Cruz. Obras completas*, Sígueme, Salamanca, 1992. Y según las establecidas siglas: 1M2 =Subida del Monte Carmelo, prendiendo el número del libro que se cita. N =Noche oscura, precediendo el número del libro y siguen el número del capítulo y párrafo correspondiente; C = cántico espiritual (si no se dice lo contrario cito siempre la segunda redacción, sigue a la C el número de estrofa y el número de párrafo citado; Ll =Llama de amor vida, seguida del número de estrofa y del número de párrafo, también citada, si no se advierte otra cosa, la segunda redacción ; R = *Romances*; (DLA = *Dichos de luz y amor*, y el número correspondiente; Ct = *Cartas*, Otras obras n he citado en este trabajo.

⁹ V 34, 15.16.17 De aquí su temprana y decidida apuesta, contra la opinión generalizada de los guardianes de la ortodoxia, la cerrada defensa que Teresa promueve del intercambio de experiencias espirituales. Con el principio por delante que “es gran mal un alma sola entre tantos peligros”, añade: “procuren amistad y trato con otras personas que traten de lo mismo [de cosas espirituales]; es cosa importantísima, porque es ayudarse unos a otros”. Contraataca: “sino sé por qué (pues de conversaciones y voluntades humanas, aunque no sean muy buenas, se procuran amigos con los que descansar..., no se ha de permitir que quien comenzare de veras a amar a Dios y a servirle, deje de tratar con algunas personas sus placeres y trabajos [dificultades]” (V 7,20: Sentencia: “Crece la caridad con ser comunicada y hay mil bienes” (V 7, 22).

¹⁰ Ct 265. “Tiene harta oración y buen entendimiento” (Ct 13,8). Quiere que sus monjas le traten como lo hacen con ella: “haha cuenta que soy yo, trátele con llaneza..., que es alma a la que Dios comunica su espíritu” (Ct 312: 365)..

un no sé qué grandes letrados que, como Dios los tiene para luz de su Iglesia, cuando es una verdad, dásela para que la admitan; y, si no son derramados, sino siervos de Dios, nunca se espantan de sus grandezas, porque tienen bien entendido que [Dios] puede mucho más y más” (5M 1,8).

Teresa es una biografía de la libertad, fruto de la verdad, buscada apasionadamente, para vivirla y no sólo para saberla. Libertad *para* amar. Amor que, a su vez, genera conocimiento. Teresa piensa su experiencia personal, particularmente durante cinco años después de escribir el *Libro de la Vida*, educando verbalmente al primer grupo de mujeres del nuevo Carmelo, y que más tarde pondrá por escrito, *Camino de Perfección*. Educadora y crítica con la situación que vivían tantos, particularmente la mujer. Salta así a la palestra de los nuevos tiempos que alboreaban. Vamos a asomarnos ahora a Teresa que nos entrega su palabra, ya bien apoyada en un principio que formulará más tarde, pero que opera en ella desde su entrada en la vida mística: “*La verdad padece más no perece*”¹¹.

2 Educadora de la libertad que nos hace libres para amar

2. 1 Al servicio de la verdad. Crítica de la situación eclesial

Teresa nos ha dejado abundantes huellas para saber que se sentía verdadero miembro de pleno derecho de la Iglesia, como de la sociedad en la que vivía. Aunque ni una ni otra se lo reconocía. Positivamente se lo quitaba. Tuvo que abrirse paso para entregarles, a la Iglesia y a la sociedad, lo que recibía Y se abrió paso, cuando este camino estaba barrado de no pocas ni pequeñas dificultades. Cuando hacía muy pocos años, como he recordado, es víctima, por ser mujer, de los Inquisidores que le cierran la puerta a una formación espiritual que deseaba ardientemente. Y empuña la pluma para compartir lo que ha recibido con un grupo de mujeres aguerridas que le siguen, y a las que arenga y forma para que sepan vivir a la luz de la verdad y defiendan su libertad: “*vanos todo nuestro ser en quitar la ocasión para que no haya estos negros devotos, destruidores de las esposas de Cristo*”¹². Poner su verdad al alcance de todos, proclamarla

¹¹ Ct a Isabel de san Jerónimo y María de san José, 3/mayo/79; 282, 22. “¡Gran cosa es la verdad” (Ct a Doria, 21/12/79; 307, 22).

¹² Ct a Gracián 19/2/81; 359, 3. Vengo diciendo desde hace años que estoy convencido que la clausura que acepta Teresa porque no podía hacer otra cosa, la convierte ella en un muro de defensa contra los de fuera, y no para que no puedan salir las de dentro cuando la ocasión lo requiera. Reclama a gritos “la libertad de poder elegir para que nos prediquen” quienes deseemos, porque pueden venir prelados que en

sin tapujos, implica la crítica de lo que cree que no va bien, sino que es impedimento, freno, exclusión.

Apenas empieza a gustar las gracias místicas que le iluminan y enamoran, Teresa experimenta el deber de proclamarlas. Pero es mujer. Instó en un principio al teólogo amigo al que se dirige en el *Libro de la Vida* que gritase la verdad que le participa, ya que ella no lo puede hacer.

Crítica que no pocos, “de los que predicán”, “tienen “mucho seso”, [son muy recatados, muy complacientes] con el status quo (V 16,7), mientras que los buenos seguidores de Jesús “a trueco de decir una verdad y sustentarla para gloria de Dios”, están dispuestos tanto a “perderlo todo [como] a ganarlo todo”, es decir, que “igualmente lleva[n] lo uno que lo otro” (V 16,7). Al filo de las gracias recibidas, va tejiendo un manojo de frases en las que vierte los efectos que le dejan. Los textos que voy a citar revelan la situación personal y ambiental en que se mueve Teresa; esto facilitará a comprender mejor su postura crítica, rebelde, de denuncia. “¡Oh gran libertad tener por cautiverio haber de vivir y tratar conforme a las leyes del mundo!, que como ésta [libertad] se alcance del Señor, no hay esclavo que no lo arriesgue todo por liberarse y tornar a su tierra”. Concluye su discurso escribiendo: “Y si éste es el verdadero camino, no hay que parar en él, que nunca acabaremos de ganar tan gran tesoro [la libertad], hasta que se nos acabe la vida” (V 16, 8).

Capítulos más adelante confiesa que las gracias místicas le iluminan sobre la verdad de Dios, de sí y de todo lo creado, y que fortalecen su voluntad, “que le nacen alas para bien volar”, que “levanta ya del todo la bandera”, de tal manera que “ya no quiere querer, ni tener libre albedrío no querría, y así lo suplica al Señor; *dale las llaves de su voluntad*” (V 20,22); repite un poco más adelante: “*ha dado al Señor las llaves de su voluntad*” “*queda señora de todo y con libertad*”, para “levantarse de todo lo criado y de si misma, lo primero” (ib 24). Tres o cuatro años después de finalizar la segunda relación del *Libro de la Vida*, probablemente escribe este grito de súplica a Dios en la última de las Exclamaciones, la 17: “Muera ya este yo y viva en mí otro que es más que yo y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir; él viva y me dé vida... ¿Cómo será libre el que del Sumo estuviere ajeno? ¿Qué mayor ni más miserable cautiverio que estar el alma suelta de la mano de su Criador? Dichosos los que con fuertes grillos y cadenas de los beneficios de la misericordia de Dios se vieren presos y inhabilitados para se poderosos para soltarse” (3).

esto y más se pongan”, que “importa mucho a estas almas”, para evitar lo que hay en otros monasterios, por tenerlas *tan atadas* en lo espiritual, y un alma apretada no puede servir bien a Dios” (Ct a Gracián, 21/2/81; 360, 3).

Confiesa lo que ha padecido con las acusaciones que se levantan contra ella: “tiénela por poco humilde, y que quiere enseñar a de quien había de aprender, *en especial si es mujer*” (ib 25); atrás quedan definitivamente “los puntos de honra y el engaño que traía de creer que era honra lo que el mundo llama honra y que es grandísima mentira y que todos andamos en ella” (ib 26). Concluyo con este texto: “Aquí entiende que la *verdadera* honra no es mentirosa, sino verdadera, *teniendo en algo lo que es algo, y lo que no es nada tenerlo por nada, pues todo es nada lo que se acaba y no contenta a Dios*” (ib 26).

Proclamará su bienaventuranza personal: *¡Bendita el alma que la trae el Señor a entender verdades!*” (V 21,1). Lamenta que, por ser mujer “no pueda pagar algún cornado¹³ de lo mucho que os debo”. “*Ordenad Vos, Señor, como fuereis servido, cómo esta vuestra sierva os sirva en algo. Mujeres eran otras y han hecho cosas heroicas por amor de Vos. Yo no soy más que para hablar... Fortaleced vos mi alma y disponedla primero..., y ordenad luego modos cómo haga algo por vos, que no hay quien sufra recibid tanto y no pagar nada*” (V 21,5).

Pronto, muy pronto, empezará su viaje, veloz y fructífero, fundacional, y, cuando se le ofrezca la posibilidad de educar a sus primeras seguidoras en el nuevo Carmelo, aprovechará el escenario para plasmar su fortaleza moral diciendo lo que quiere decir a su Iglesia y a la sociedad.

Vaya por delante su gran manifiesto en favor de las mujeres, con una fuerte acusación a los varones: Su atrevimiento es ayudar a la Iglesia, concretamente a los que la rigen y le barran el camino. “Ni **aborrecisteis**, Señor..., cuando estabais en el mundo, **las mujeres**, antes la favorecisteis más, pues estaba vuestra sacratísima Madre.... No basta, Señor, que **nos tiene el mundo acorraladas**, que no hagamos cosa que valga la pena por Vos en público, **ni osemos hablar algunas verdades que lloramos en secreto**, sino que no nos habíais de oír **petición tan justa**. No lo creo yo, Señor, de vuestra bondad y justicia, que **sois justo juez y no como los jueces del mundo, que, como son hijos de Adán y, en fin, todos varones, no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa. Sí, que algún día ha de haber..., que se conozcan todos. No hablo por mí..., sino porque veo los tiempos de manera que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres**” (CE 3,9). Escribirá a su superior general, diciéndole con ironía y acerada crítica, que “aunque las mujeres no somos buenas para consejo, que algunas veces acertamos”¹⁴.

¹³ Moneda de poco valor.

¹⁴ Ct a Rubeo, fun/enero/76; 98,7.

Más dura y un tanto irritada criticó a un visitador que realizó la visita canónica a una de sus comunidades, despachándose a gusto, sin freno, con un abultado manojo de leyes que dan ocasión a Teresa para defender el estilo de vida que pretende. Escribe desenfadada, caliente: **“Sólo leerlas me cansó, ¿qué hiciera si hubiera de guardarlas. Crea que no sufre nuestra Regla personas pesadas, que ella ya lo es harto”**. **“Esto es lo que temen mis monjas”** (bien educadas las tenía), **que han de venir algunos prelados pesados que las abrumen mucho. Es no hacer nada. Extraña cosa es que no piensen en visitar si no hacen actas”**. Se ceba con especial atención sobre un punto, que podría ser visto por los “piadosos”, más que aceptable, loable, a saber que las monjas, el día que comulgan guarden silencio todo el día”. Argumenta ad hominem con gusto y poco de saña: **“Si no han de tener recreación el día que comulgan, y los sacerdotes dicen misa todos los días, luego no tendrá recreación nunca. Y si los sacerdotes no guardan eso, ¿para qué lo han de guardar los otros pobres?”**¹⁵.

A lo largo de *Camino de formación*, un libro de formación para el primer grupo de Carmelitas contemplativas, con frecuencia, critica que les hayan condenado a verse privadas de buenos libros para formarse. Y aconsejará una y otra vez a sus lectoras, que no hagan caso de la “opinión del vulgo”¹⁶; son sembradores de “miedos”, prohibiendo a las mujeres la práctica de la oración silenciosa, interior; les dice que no “hagan caso de los miedos que os *pusieren*, ni de los peligros que os *pintaren*” (21,5), pues **“no son tiempos de creer a todos, sino a los que viereis van conforme a la vida de Cristo”** (ib 10). Y puesto que se dispone a hacer una glosa del Padre nuestro, aprovecha la ocasión para decirles que **este libro del Padre nuestro “no os quitarán ni el Paternóster ni el Avemaría”**¹⁷. **Terminará llamándolos “falsos profetas”** (CE 73,1).

Dos osadías teresianas. Se lanza a escribir “algunas consideraciones” sobre ciertos pasajes del *Cantar de los Cantares*, partiendo de su experiencia, vía de su conocimiento, **“porque cuando nos declaran el**

¹⁵ Ct a Gracián, 19/nov/76. Dos años después, es Gracián el blanco de su crítica, y por el mismo motivo: Se entera que “había mandado tantas cosas”. Y le dice, después de asegurarse bien de la “denuncia”: “Crea, mi padre, que estas casas van bien, y no han menester más **cargas de ceremonias**, que cualquier cosa se les hace pesado,.. y por poco que sea lo que se manda, se hace muy pesado, y a mí sería la primera” (Ct a Gracián, 22/mayo/78; 237, 149).

¹⁶ C 21,10, a quienes increpta en el inicio del capítulo siguiente: “Qué es esto, cristianos, los que decís que no menester oración mental? ¿Os entendéis? Cierto, que pienso que no os entendéis, y así queréis desatienemos todos, ni sabeis quán es oración mental, ni cómo se ha de rezar la vocal, ni qué es contemplación; porque si lo supieseis, no condenaríais por un cabo lo que alabáis por otro” (C 22,2). ¡Maestros de la confusión!

¹⁷ CE 36,4. Al pie de página el teólogo de turno advierte: “parece que corrige a los Inquisidores que prohíben libros de oración”. No parece, es una evidencia.

romance solo, tan oscuro nos queda como el latín” (MC 1,2). Pero hay una inteligencia mística, amorosa de la Palabra de Dios, porque las palabras bíblicas **“dícelas el amor; y, si “no lo tienen, bien pueden leer los Cantares, cada día, “no les habláis nada”, no les dicen nada esas palabras (MC 1,11)¹⁸.**

Y la segunda: cuando llegan a sus oídos las críticas de algunos sobre sus salidas del monasterio para fundar, aduciéndole las palabras de San Pablo, **“que las mujeres callen en la Iglesia”**, Dios le susurra al oído interior:

- **“Diles que no se sigan por sola una palabra de la Escritura”**
- **“que miren otras”** (contra el fundamentalismo de siempre)
- **“y que si podrán por ventura atarme las manos”¹⁹.**

No sabemos si leyó o no las palabras de Melchor Cano, un inquisidor donde los haya habido: **“Por más que las mujeres reclamen con insaciable apetito comer de este manjar [la lectura de la Biblia] es necesario vedarlo y poner cuchillo de fuego, para que el pueblo no llegue a él”**. Pero la respuesta teresiana es contundente²⁰: hay que abrir la Palabra de Dios a todos los creyentes.

2.2 *Un programa de vida humana, cristiana*

No puedo olvidar en estos momentos las palabras evangélicas que van en el título de este trabajo. “La verdad os hará libres” (Jn 8,32). En esta línea nos presenta Teresa su pedagogía de la oración, trato de amistad con Dios, y de la *creación de comunidades cristianas*. Prepara su consigna educativa así: “Ya habéis visto la **gran empresa** que pretendemos alcanzar” (4,1). Esta gran empresa es la vocación humana, en formulación cristiana: *“ser buenos amigos de Dios”*, comunidad eclesial, comunidad religiosa, a quienes “Dios recoge a una ciudad, que hace muy bien fortalecer” y desde ahí “dar [vencer] en los contrarios y **ser** tales [tan buenos amigos de Dios, tan fuertes y valientes soldados] los que están en la ciudad, como es gente escogida, que puedan más ellos a solas que muchos soldados” (C 3,1). Calidad de vida cristiana, calidad de amor, contra cantidad y deficiente preparación y fragilidad de vida de los “capitanes”, es

¹⁸ Reiteradamente vuelve sobre el lenguaje que nace de la experiencia, y que lo entenderá mejor quien tuviere experiencia.

¹⁹ CC 16, escrita a mitad de 1571.

²⁰ A. CABALLERO, *Conquenses ilustres II*, Madrid 1871, cit. por O. STEGGINK, *Experiencia y realismo en santa Teresa de Jesús y Juan de la Cruz*, Ede, Madrid, 1974, p. 160)..

decir los letrados. Pretende nada más y nada menos, respondiendo a la negación que las mujeres hagan algo en el servicio eclesial: emplearse en la “conquista”, “conversión” de los capitanes de la Iglesia, sacerdotes, predicadores. Emplaza a sus monjas a que

- 1º se dediquen a que “de los muchos letrados y religiosos que hay, que tengan las parte [cualidades] que son menester para esto [para ser buenos servidores de la “buena nueva”]:

- 2º “después de puestos en la pelea ...,los tenga el Señor de su mano para que puedan librarse de tantos peligros como hay en el mundo y tapar los oídos, en este peligroso mar, al canto de las sirenas”

- Concluyendo su propuesta: “si en esto podemos algo con Dios, **estando encerradas peleamos por él**” (C 3,5). A estos capitanes los quiere “fortalecidos en lo interior”, “desasidos de las cosas que se acaban, y asidos a las eternas”. Y si no son así, “no permita Dios que salgan de sus celdas” (C 3, 3-4).

La situación es grave, y así nos la presenta la autora en tres afirmaciones, que cobran hoy mayor y más verdadero sentido que en su tiempo:

- “Estáse ardiendo el mundo”

- “quieren tornar a sentenciar a Cristo”

- “quieren poner su Iglesia por los suelos”. Con estas palabras de advertencia, no podrá sino relativizar todo el resto: “*no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia*” (C 1,5). Hay que “educar”, sacar a flote, desarrollar lo que **somos**, personas libres, en relación constitutiva y constituyente, ciudad puesta sobre la cima de una montaña para iluminar al mundo, “luz de las Gentes”.

Nos apremia Teresa, antes de la enunciación de su consigna educativa, que “cumplamos y leamos muchas veces de buena gana” (4,3), lo que acaba de decirnos en los tres primeros capítulos de *Camino de Perfección*, repito, un auténtico catecismo de formación de la persona, del cristiano, de la nueva humanidad que confesamos los cristianos, nacida a partir de su muerte y resurrección y del envío del Espíritu sobre toda la humanidad, para que podamos todos llevar a cabo el legado que nos ha dejado: **ser buenos amigos de Dios y entre nosotros**. Vocación fundante de nuestra humanidad. Estáis aquí, en el monasterio, retiradas de todo, pero presentes a todos y a todo, “pequeña ciudadela”, “un paraíso”, “**para quien se contenta sólo de contentar a Dios y no hace caso de contento suyo**” (13,7).), para conquistar para Dios la humanidad; éste es el “fin para que aquí os juntó Dios” (C 3,10).

Con estas premisas, formula finalmente su consigna educativa: “**el amor mutuo, el desasimiento de todo lo creado y la verdadera humildad que, aunque la pongo a la postre, es la principal y las abraza a todas** (C 4,4). Apoyándome en estas palabras tan claras, reformulo la consigna teresiana así, **el principio educativo de la libertad para la convivencia: “La verdad-humildad te hace libre para amar”**. Libertad *de* la mentira, *de* la falsedad, libertad del “hombre viejo”, en lenguaje paulino, egocéntrico, insolidario, **para** construir una humanidad solidaria, sobre el sólido fundamento de nuestra vocación fundamental, única, es decir **divina**” (GS 22 e). A este pronunciamiento de máxima categoría doctrinal, el Concilio Vaticano II añade otras dos afirmaciones de una claridad y profundidad únicas, al menos en la formulación del magisterio solemne de la Iglesia:

- primera, que debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de solo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual” (ib);

- y, segunda, “el hombre, única creatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma, **no puede alcanzar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás**” (GS 24, c).

Para esto Dios nos ha creado libres. Dios es el principio y el garante, no el negador de la libertad; su llamada a la existencia **libre** de la persona humana, no es sino una *invitación* que nos capacita, si y en la medida en que la acojamos libremente, y libremente nos consagremos a su desarrollo.

Dios no es el enemigo del hombre, ni los prójimos son “el infierno”. Dios es nuestra posibilidad de ser, individual y comunitariamente, siempre que nos hagamos cargo de la libertad dada, y nos convirtamos en servidores todos los unos de los otros.

Dios nos creó a su *imagen y semejanza*, con la esencial dimensión de comunitariedad, encomendándonos los unos a los otros, guardianes los unos de los otros, y co-creadores con él del “palacio de la creación”, en el que el Padre quiere celebrar las bodas de su Hijo con la humanidad, según las bellas y sugeridoras palabras de Juan de la Cruz. Por eso, desde el alba de la creación se nos lanzan estas dos ineludibles preguntas, a lo largo de la historia colectiva y personal: “Adán, ¿Dónde estás? (Gn 3,9), en tu relación conmigo, contigo, con los otros, con la creación. Y, segunda, ésta dirigida al primer hijo de pareja humana: “¿dónde está tu hermano?” (Gn 4,6).

Dios pone toda la creación al servicio y al cuidado de la persona humana, y ésta al cuidado compartido de unos y de otros, pues sin los otros

nadie puede ser sí mismo. Porque el ser humano *es* relación con sus semejantes, *es* lo que *es* su relación con los demás y no con lo que es inferior a él.

La persona humana, “la única creatura terrestre que Dios ha creado por sí misma, no puede encontrar su propia plenitud **si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás**” (GS 24,3). “El hombre es, por su misma naturaleza un ser social. Y todavía precisa más el Concilio Vaticano II: “No puede llegarse a este sentido de la responsabilidad si no se facilitan al hombre las condiciones de vida que le permitan tener conciencia de su propia dignidad y respondan a su vocación, **entregándose a Dios y a los demás. La libertad humana con frecuencia se debilita** cuando el hombre cae en extrema necesidad, de la misma manera que se envilece cuando el hombre, satisfecho de una vida demasiado fácil, se encierra como en una dorada soledad. **Por el contrario, la libertad se vigoriza** cuando el hombre acepta las inevitables obligaciones de la vida social, **toma sobre sí las multiformes exigencias de la convivencia humana y se obliga al servicio de la comunidad en la que vive**” (GS 31,2).

Los capítulos que Teresa consagra en *Camino de Perfección* a la explicación de esas tres “cosas tan necesarias” -el amor mutuo, la liberación de todo lo creado y la humildad=verdad- hay que leerlos en clave cristológica, es decir a la luz del Jesús, verdadero hombre, principio y culminación de la nueva humanidad. El es **el HOMBRE**, aunque no lo sepa ningún Herodes de la historia. ¿Qué hombre? Responde Teresa: “El que nunca tornó de sí” (C 35,3). El que “todo lo hizo cumplido” (C 3,8). El que “*no sabe hablar por sí, sino por nosotros*” (C 33,4). El que, habiendo dicho ‘*fiat voluntas tua*’, habíalo de cumplir como quien es..., y como sabe la cumple con amarnos como a Sí, **así andaba a buscar cómo cumplir con mayor cumplimiento, aunque fuese a su costa, este mandamiento**” (C 33,3).

Teresa se erige en sacerdotisa, intercediendo ante el Padre en favor de Jesús: “¡Oh Señor eterno! ¿Cómo aceptáis tal petición? ¿Cómo lo consentís? No miréis su amor, que a trueque de hacer cumplidamente vuestra voluntad *y de hacer por nosotros, se dejará cada día hacer pedazos...*?” (C 33, 4). Y continúa un poco más adelante, tratando de interpretar la intención de Jesús al manifestar su deseo de quedarse siempre con nosotros en el misterio eucarístico: “Es como decirle [a su Padre] que ya una vez nos lo dio para que muriese por nosotros, que ya nuestro es, que no nos lo torne a quitar hasta que se acabe el mundo, **que le deje servir cada día**” (ib 4). Exhorta con encarecimiento a sus hermanas, a los lectores creyentes: “Esto os enterezca vuestro corazón” para amarle, “**que no hay**

esclavo que de buena gana diga que lo es, y que el buen Jesús parece se honra de ello” (ib 5). Jesús, “el hombre para los demás”.

El libro *Moradas del Castillo interior* lo termina dándonos esta clave de lectura del libro, de toda su experiencia mística y de la doctrina que proclama, insistiendo con fuerza en el amor mutuo para construir una humanidad nueva, digna de Dios y de nosotros, co-creadores: “Bien será, hermanas, deciros **qué es el fin para que hace el Señor tantas mercedes en este mundo?**”. La intervención de Dios-amor en el mundo no puede no ser real, si es amor, y no puede tener sentido, si no es dentro de la fidelidad divina a su propio ser: un Dios-amor que se comunica, que se autodona. Advierte Teresa que, si hemos leído el libro atentamente, podremos responder a la pregunta que nos ha hecho teniendo en cuenta “*los efectos*” que producen esas gracias. Lo sintetiza así: “**no nos puede dar su Majestad mayor “regalo”, mayor gracia, que darnos vida que sea imitando a la que vivió su Hijo tan amado; y así tengo yo por cierto que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza para poderle imitar en el mucho padecer**” (7M 4,4), en el mucho servir, en el mucho amar.

Lo que implica decir rotundamente no al hombre viejo, positivamente entregarse con generosidad, “del todo”, al bien de los demás, afrontando los “trabajos”, las dificultades que comporta el seguimiento de Jesús. En el apunte histórico de Teresa emerge la figura de Pablo, a quién presenta con esta pregunta: “*¿Por ventura escondióse con ellas [con las gracias que le concedió el Resucitado], para gozar de aquellos regalos y no entender [ocuparse] en otra cosa?*”. Responde: “**Ya lo veis, que no tuvo descanso**”, *ni de día ni de noche* (ib 5). Es un principio en lo que llamamos los cristianos “*la historia de salud o de salvación*”: “Siempre hemos visto que los que más cercanos anduvieron a Cristo nuestro Señor, fueron los de de mayores trabajos [dificultades, pruebas]” (ib). Dios llama a todos para entregarnos a la construcción del mundo, siempre en camino de alumbramiento y de crecimiento, porque verdaderamente nos ama y nos llama para que seamos co-creadores del mundo.

A este argumento añade otro en formulación teológica: “**¿qué olvidada deber tener su descanso, y qué poco se le debe dar de su honra, y qué fuera debe estar de querer ser tenida en nada el alma adonde está el Señor tan particularmente!** La presencia activa de Dios se manifiesta y revela en los grandes testigos constructores de una humanidad iniciada y culminada por el máximo Testigo, Jesús de Nazaret, según los cristianos, “el testigo fiel”. Porque *si ella [la persona] está mucho con él...*, **poco se debe acordar de sí**” o, en positivo, “**toda la**

memoria [todo su ser] se le va en cómo más contentarle, y en qué y por dónde mostrará el amor que le tiene”. Concluye con esta afirmación contundente: “**para esto es la oración...; de esto sirve este matrimonio espiritual, [la unión íntima con Dios] de que nazcan siempre obras, obras**” (ib 6). “**Esta es la verdadera muestra [prueba] de ser cosa y merced hecha de Dios**” (ib 7). El Dios que envió a su Hijo para dar a entender el amor que tiene a la humanidad, no puede alienar a nadie. Dios no elige a nadie para apropiárselo, sino para enviarlo a servir a los demás. Así lo dice con más fuerza lingüística enseguida, respondiendo también a una pregunta en el mismo sentido de la precedente, formulada en estas mismas séptimas moradas 4,4. Ahora la reformula así: “**¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios**” “*a quien, señalados con su hierro que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender como esclavos de todo el mundo*”, como él [Jesús] lo fue” (ib 9). La libertad se entrega a Quien nos la dio, para que sea él quien la dirija, quien la actúe.

Dios no puede seguir con sus hijos de adopción sino la línea abierta con y en el Hijo Unigénito, Jesús, el Hombre nuevo de la nueva humanidad. Concreta Teresa su pensamiento recurriendo a la “comparación” del *Castillo interior*, que significa la construcción de una verdadera persona, verdadero cristiano, haciendo explícita mención de un elemento esencial arquitectónico que asegure la firmeza de la personalidad humana en la nueva humanidad: “**para que lleve buenos cimientos [el edificio de la propia personalidad],**

- procurad ser la menor de todas
- y esclava suya,
- mirando cómo y por dónde las podéis hacer placer y servir...”,
- poniendo piedras tan firmes que no se os caiga este castillo” (ib, 9).

La antropología cristiana no es una construcción ideológica, sino una construcción, piedra a piedra en el taller de Jesús de Nazaret, “el hombre para los demás”, servidor de todos, constructor, apasionado y lúcido, libre hasta de la más mínima atención a sí mismo o, con toda la atención puesta en la forma de ser sí mismo en la nueva humanidad. Ya había acentuado Teresa esto y en el contexto más adecuado, para realzar su pensamiento, para transmitirnos su sabiduría aprendida en la oración, escuela de verdades, y con la mayor fuerza posible en sus ardientes, “exageradas”, y restallantes expresiones, señalando con ellas la “unión verdadera”, cumplimiento absoluto de la vocación “divina” del hombre en la escuela de Jesús.

La Doctora mística, en pleno discurso místico, en el inicio de la última etapa del proceso de hominización–divinización, de “cristificación”, antropología cristológica, se apoya en la comparación del gusano de seda y convertido en mariposa, para explicar la situación de partida y de llegada del proceso humano-divino, cristológico del hombre. Teresa afirma tajantemente que el gusano -el hombre viejo- debe morir, para que nazca el hombre nuevo, participando realmente en el misterio pascual de Jesús, muerte-resurrección, ya realizado en él y en todos nosotros, “al paso de Dios”, de una vez, pero que en cada uno se realiza con nuestra activa colaboración, muy concretamente consagrándonos al bien de los demás, en perfecto olvido de sí mismo.

Dice Teresa, dirigiéndose a quienes presenta como “almas encapotadas”, hundidas en la preocupación de sí mismas, “pensando que está *todo* el negocio” “en el poquito de gusto y devoción” cosechado en el ejercicio de la oración, en el trato directo con Dios: **“Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor, y que si ves alguna enferma a la que puedes dar algún alivio, no se te dé nada perder esa devoción”**²¹ y te compadezcas de ella” (ib 5M 3,11).

Escribe esta mística de puras esencias evangélicas, resumiendo su pensamiento en el número siguiente, colofón de un capítulo espléndido: “Si no hay falta en el amor al prójimo”, “yo os digo... que “no dejaréis de alcanzar del Señor la unión *verdadera*”. Si hay falta en esto, en el amor al prójimo, **“vamos perdidas”, “aunque haya alguna suspensioncilla en la oración de quietud -que algunas luego les parecerá que está *todo* hecho-, creedme que no habéis llegado a unión, y pedid a nuestro Señor que os dé con perfección este amor al prójimo y dejad hacer a su Majestad, que él os dará más que deseáis desear”, si te esfuerzas y procuras en todo lo que pudieres esto:**

- *“fuerza tu voluntad para que se haga en todo la voluntad de tus hermanas, aunque pierdas de tu derecho”,*
- *“olvida tu bien por el suyo, aunque más contradicción te haga el natural”,*
- *“procura tomar trabajo, por quitarle al prójimo, cuando se ofreciere”.*

Fundamenta su postura con una referencia explícita a Jesús: **“Mirad lo que le costó a vuestro Esposo el amor que nos tuvo, que por librarnos de la muerte, la murió tan penosa como muerte de cruz”** (5M 3,12). *Nuestra participación activa en el misterio pascual de Jesús, muerte*

²¹ Había escrito ya un capítulo espléndido, luminoso y ardiente, combativo en F 5. al que me referiré inmediatamente.

al egocentrismo, plenitud de vida nueva, es y se realiza en el amor al prójimo. Que, consiguientemente, comporta, “un olvido de sí como si ya no es, como si ya no existe a sus ojos” (7M 3,1) hablando de la “inversión” profunda que se produce en quien está culminando su proceso de ser creatura nueva: “es tan grande el deseo que tienen de servirle, que ya no desea morir, sino vivir... por si pudiesen que fuese Dios por ellos alabado, aunque fuese en muy poquita cosa..., su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar en algo al Crucificado” (7M 7, 3, 4).

“La Madre de espirituales” se había extendido mucho y bien, unos cinco años antes en *Fundaciones*, entrando de lleno, con seguridad y brío en la discusión abierta por los teólogos y espirituales sobre “**la sustancia de la perfecta oración**”. “A algunos les parece que está todo el negocio en el pensamiento, y si éste pueden tener mucho en Dios, aunque sea haciéndose gran fuerza, **luego les parece que son espirituales, y si se divierten [ocupan] no pudiendo más, aunque sea para cosas buenas, luego les viene gran desconsuelo y les parece que están perdidos**”. Este, según Teresa, es el estado de la cuestión debatida. Y la respuesta de la mayor parte de teólogos y espirituales de su tiempo.

¿Qué dice ella? Concede de entrada que “*es merced del Señor quien siempre puede estar meditando en sus obras, y es bien que se procure; mas hase de entender que no todas las [personas] son hábiles para pensar, pero todas lo son para amar... Por donde el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho*” (2). No sólo en el acto de oración, sino en el espesor de la vida, entregándose al servicio de los demás. Comienza un cuidadoso discurso, cimentando teológicamente su posición, tratando de responder a esta pregunta: *¿Cómo se adquirirá este amor?* Antepone a su respuesta, larga y matizada, con buenas normas de discernimiento, a afirmación siguiente: “**Determinándose a obrar y padecer**²² cuando se ofreciere”. Escribe a renglón seguido, aunque no seguirá ese discurso: “Bien es verdad, que del pensar lo que debemos al Señor y quién es y lo que somos [es decir, orando], se viene a hacer un alma determinada, y es gran mérito, y para los comienzos *muy conveniente*”. E introduce su discurso anunciando con claridad su tesis: “**mas entiéndese [que podremos entregarnos a la oración] cuando no hay por medio cosas que toquen en obediencia y aprovechamiento del prójimo. Cualquiera de estas dos cosas que se ofrezcan, piden tiempo para dejar el que tanto nosotros deseamos dar a Dios que, a nuestro parecer, es estarnos a solas pensando en él y regalándonos con los**

²² Ya nos hemos encontrado este verbo en 7M 4,4, con el mismo significado, un no rotundo al egocentrismo y a la insolidaridad, no a los deseos del hombre viejo, sí a hacerse cargo del prójimo.

Dejar esto por cualquiera de estas dos cosas, es regalarle a Él y hacer por Él” (3).

No es posible ahora seguir con detenimiento el razonamiento de esta mística tan finamente sensible a la atención al prójimo, “la inclinación”, que Dios le ha dado, “pareciéndome que precia más una alma que por nuestra industria y oración le ganásemos..., que todos los servicios que le podemos hacer” (F 1,6). Baste insinuar, una vez más, la profunda, evangélica teología que rige su vida y su pensamiento, respondiendo al malestar que padecen los que no pueden dedicarse mucho tiempo a la oración, cuando les urge la presencia servicial a los prójimos. Abre y cierra el nº 5 del capítulo 5 de *Fundaciones* con estas dos afirmaciones, auténticos presupuestos de los que parte: “¡*Oh caridad de los que verdaderamente aman a este Señor y conocen su condición!* Qué poco descanso podrán tener si ven que son un poquito de parte para que un alma sola se aproveche y ame más a Dios, *o para darle algún consuelo o para quitarla de algún peligro!*”. Y al final de este mismo número: “¡**Donoso adelantamiento en el amor a Dios es atarle las manos con parecer que no nos puede aprovechar** [unirnos a él íntimamente] **sino por un camino!**” [el de la oración o, como a ella, por medio de gracias místicas extraordinarias]. El fundamento de Teresa parte de una visión de Dios que, parece, no es la que tienen los oponentes de su tesis. Un Dios que nos ha descubierto su intimidad con el envío de su Hijo, que se entrega a sí mismo al servicio de los demás, hasta morir a sí mismo.

Conclusión.

En unas cuantas afirmaciones concatenadas, podemos ofrecer con seguridad algunas certezas de Teresa de Jesús:

1ª Puesto que la libertad humana tiene su fundamento en Dios, no en la persona, no puede tener otra traducción humana sino la que corresponde fielmente a la libertad misma de Dios: la vida compartida, en la relación interpersonal, de modo eminente, y en el ordenamiento al bien de todos nuestros semejantes. Dios funda la libertad, la garantiza, siempre favoreciendo y promoviendo el servicio a todas las personas sin exclusión por ninguna razón. Si el otro no es libre, ninguno somos libres.

2ª La libertad no es un valor absoluto en sí misma. Se alimenta de la verdad y sirve a la verdad. Justamente Teresa, en el libro *Camino de Perfección*, explícita y directamente concebido como un tratado de formación, humana y cristiana, lanza esta pregunta a sus lectores de todos los tiempos y culturas: “¿Qué tales habremos de **ser** para lograr la empresa

²³de ser una humanidad en paz, reconciliada, bien ensamblada por el amor mutuo, sentada a la misma mesa de la vida, banquete al que Dios nos invita y apremia a todos? Si dejamos alguno fuera, por partidismo, “hemos echado a Jesús de su casa”, que es la de la común-uni6n de todos (C 7,10).

3^a Toda mística tiene “su 6ptica y su 6tica”, y la cristiana, al menos, seg6n Teresa, tiene la suya, que es la del amor al pr6jimo, recibido y dado, en la lnea abierta por la Encarnaci6n de Dios, y con el mismo “precio”: la muerte voluntaria a las apetencias y requerimientos del “hombre viejo”: morir a s6 mismo, como el gusano de seda, para que nazca la mariposa, el hombre nuevo.

4^a La libertad, que se nutre de la verdad y la pone de manifiesto, es la muerte a *todo* lo que no es Dios -formulaci6n sanjuanista-, estando “vuelos” al pr6jimo haci6ndonos cargo de 6l, siendo custodios unos de los otros, hasta ser mutuamente *esclavos*: perdiendo mi vida la gano, reza la paradoja evang6lica

5^a La libertad se vive *en* la cultura propia que nos da una concreta identidad personal, sin que se convierta nunca en una cultura-jaula o prisi6n, insolidaria, y menos todav6a impositiva, sino puerta y camino de di6logo y comuni6n.

6^a Bien convencidos, que d6ndonos mutuamente, y en la medida de gratuidad y verdad que nos sea posible, logramos la plenitud humana: Soy con-siendo.

7^a Nuestro Dios prefiere que lo encontremos en el pr6jimo, que estemos con 6l en el servicio al pr6jimo, m6s que con 6l a solas, *cuando estas dos dimensiones, intr6secas y esenciales del amor, entran en litigio de en el tiempo.*

8^a “La Madre de espirituales” reduce al m6nimo las reglas de discernimiento (F 5, 14-17) diciendo que el “servicio al pr6jimo”, muestra su autenticidad envi6ndonos a estar a solas con Dios, y la oraci6n revela tambi6n su autenticidad, cuando se escucha en ella el fragor de la vida en la que se desarrolla nuestra existencia -oramos la vida- present6ndola al Dios que se present6 en nuestra historia, y en ella est6 activamente presente, “porque oy6 el clamor de su pueblo esclavizado y descendió a liberarlo” (Ex 3,7-8).

²³ Diccionario de Santa Teresa, del que es el director, Burgos, el Monte Carmelo, 2002, 643.

Prefiero que como síntesis de mi conferencia, pongáis ésta, substituyendo la que en su día os envié.

Teresa de Jesús, una buscadora infatigable de la verdad y del amor, nos ofrece una biografía de la libertad de todo al servicio del prójimo. Libertad que adquirió la máxima expresión en Jesucristo, el hombre libre y liberador, de una nueva humanidad. Teresa que se ha experimentado liberada por él, nos propone su fórmula: **La verdad nos hace libres para amar** a nuestros semejantes, unidos a Jesús en la creación de una nueva humanidad reconciliada y al servicio de la reconciliación y de la paz universal.